

2da. CARTA AL PRT

ALGUNAS DIFERENCIAS FUNDAMENTALES ENTRE EL PRT Y LA MAYORÍA DE LA INTERNACIONAL

Antes del Plenario del CEI, seis miembros de la mayoría del S.U. dirigieron una carta a los compañeros del PRT donde expresaban sus apreciaciones sobre la situación en la Argentina y sobre la orientación del partido. El propósito era abrir un debate político necesario y urgente, y dar un primer punto de referencia. Después de la difusión de los B.I. 33 y 34 que recuerdan las diferencias entre el PRT y la mayoría de la Internacional sobre cuestiones capitales, creemos de utilidad intervenir una segunda vez con la esperanza de estimular una confrontación política y teórica y evitar un diálogo de sordos que resulte esterilizante.

Lamentamos profundamente que los dirigentes del PRT hasta ahora no hayan hecho ninguna mención de nuestra carta, aunque el texto llegó a la Argentina (de hecho, hemos recibido una copia en castellano sin mencionar quién la editó). Por el contrario, han centrado su polémica en una supuesta actividad fraccionalista, incluso en un complot, de los que serían culpables miembros del PRT, del POC brasileño y de la Liga Comunista (entre los cuales, un miembro del SU). No es aquí donde daremos la respuesta pertinente que se impone que puede sintetizarse como sigue: ni el SU ni su mayoría han organizado ninguna actividad fraccional.

El problema esencial no es, en todo caso, provocar debates falsos sobre problemas falsos. Si se plantean problemas, si las relaciones se han deteriorado, la razón es fundamentalmente política y en primer lugar es necesario aclarar las cosas en ese terreno. Esto es tanto más verdadero cuando la Internacional se encuentra ya en el período de la preparación del X Congreso Mundial y en consecuencia, cada sección, cada tendencia y cada militante tiene el derecho de expresarse sobre los problemas que se plantean (aplicando siempre la línea fijada por el congreso precedente). Por nuestra parte, sin pretender agotar este tema, planteamos aquí una serie de cuestiones que es indispensable resolver.

¿MARXISTAS-LENINISTAS O TROTSKISTAS?

Al resumir las "diferencias ideológicas" entre el PRT y "los sectores europeos de la Internacional" (en realidad, no se trata de sectores europeos, sino de la casi totalidad de nuestro movimiento) el B.I. 34 dice: "nuestro partido se considera marxista-leninista mientras que los otros partidos de la Internacional se caracterizan como trotskistas".

Desde el punto de vista formal, en primer lugar es necesario señalar que durante todo un período nuestras organizaciones se titularon, con mayor frecuencia, "bolcheviques-leninistas", que los textos del congreso de fundación (1938) utilizan la palabra trotskistas entre comillas y que los Estatutos adoptados en el II Congreso Mundial (1948) sugerían para nuestras secciones el título de Partidos Comunistas Internacionalistas. Aún ahora con frecuencia utilizamos la caracterización de "marxistas revolucionarios" en lugar de "trotskistas".

Agreguemos que marxista-leninista no es un título que aclare las cosas. Los PC prosoviéticos, aunque fraudulentamente, no dejan de llamarse marxistas-leninistas, y las organizaciones y las sectas maoístas hacen lo mismo con gran alboroto. Sería necesario entonces introducir una precisión adicional: ¿qué corriente representamos nosotros entre todas aquellas que se dicen marxistas-leninistas? No vemos ninguna objeción seria en aceptar la caracterización de trotskistas que desde el principio nos fue otorgada por nuestros adversarios.

Pero aquí surge la cuestión substancial, que en último análisis es la decisiva. Queda sobreentendido que somos marxistas-leninistas por el hecho de que la IV Internacional acepta las concepciones de conjunto y el método de Marx y de Lenin, y lucha constantemente contra todo lo que los consideran perimidos. Pero Trotsky dio su propia contribución al pensamiento revolucionario. A partir de la época de la primera revolución rusa formuló la teoría de la revolución permanente que Lenin aceptó en lo esencial en 1917. Y sobre todo, ha analizado el fenómeno de la degeneración de un estado obrero, introduciendo la categoría científica de la burocracia, sin la cual es imposible captar lo que pasó durante medio siglo tanto en la URSS como a escala mundial.

Es por eso que nos declaramos específicamente trotskistas, sin implicar con ello que tenemos alguna diferencia, por pequeña que sea, con los conocimientos teóricos del marxismo-leninismo. Rechazar esta caracterización sólo puede explicarse por una falta de claridad sobre el problema central de la lucha contra toda casta o tendencia burocrática o por una adaptación oportunista.

¿CUAL INTERNACIONAL REVOLUCIONARIA?

Al abordar las "diferencias políticas" el B.I. citado señala: "Nuestro partido subordina la reconstrucción de la Internacional marxista-leninista como Internacional revolucionaria de masas a la participación a dicho proceso de los partidos revolucionarios en el poder, como el partido cubano, vietnamita, etc. En nuestro congreso también ha-

El Topo Blindado

blamos del partido chino, pero actualmente hay elementos que debemos estudiar y que probablemente indiquen que los camaradas que caracterizan al partido chino como un partido burocratizado, tienen razón. El resto de la Internacional desarrolla una estrategia de construcción de sus propias fuerzas, independientemente de partidos como el cubano y el vietnamita.

Efectivamente, se trata de una cuestión capital que exige una respuesta muy clara. Para empezar, hay que recordar las siguientes ideas esenciales: 1) Sin una Internacional revolucionaria con una base de masas, es decir sin un partido leninista organizado como partido mundial, el proletariado no podrá llevar a buen término su tarea histórica de derribar al capitalismo a escala mundial y de reconstrucción de la sociedad sobre bases efectivamente socialistas. Esa fue la idea que empujó a Marx y a Engels a fundar la I Internacional y a dedicarse durante años a su actividad práctica y que llevó a Lenin a lanzar la Internacional Comunista al amparo de condiciones propicias creadas por la victoria de la revolución de octubre, y que inspiró la decisión de Trotsky de proclamar en 1938 la IV Internacional, a pesar de los obstáculos inmensos de los cuales él era consciente. 2) La Internacional revolucionaria de masas estará basada no sólo sobre las experiencias del marxismo y del leninismo, sino también sobre las del trotskismo (es decir, la teoría de la revolución permanente y de la concepción de la necesidad histórica de la lucha revolucionaria para derribar al poder burocrático). En consecuencia no podrán participar allí más que las organizaciones o las corrientes que hayan roto en forma irreversible con la burocracia, tanto dentro de cada país como a escala internacional.

Al dejar esto bien sentado, queda claro que la Internacional revolucionaria será construida con fuerzas incomparablemente más grandes que las que componen actualmente la IV Internacional. Con esa perspectiva no se puede descartar a priori que confluyan sobre la base de experiencias originales y de una reflexión crítica profunda, las corrientes que durante ciertos períodos de su historia hayan sufrido la influencia del stalinismo o del burocratismo en general o que hayan oscilado entre stalinismo, centrismo y marxismo revolucionario. He ahí, a grandes rasgos, nuestra concepción que, en principios rechaza cualquier actitud sectaria, cualquier fetichismo de las formas organizativas actuales.

Los compañeros del PRT expresan, por el contrario, una concepción ecléctica que se funda, en último análisis, en un análisis demasiado sumario y parcial —por lo tanto, falso— de la realidad de ciertos partidos comunistas. En lo que se refiere al partido comunista chino (no es un pequeño detalle) el hecho de que los autores del B.I. 34 deben admitir que “probablemente” se habrían equivocado, debería servirles para ampliar su reflexión autocrítica y prestar una atención mayor a los análisis de la Internacional, que son el resultado de una elaboración colectiva desarrollada y verificada en la

práctica a escala mundial. Deberían plantearse también si una vanguardia revolucionaria puede estar capacitada para los análisis y las posiciones fundamentales antes que los otros, yendo, si es necesario, contra la corriente, o reconocer una realidad a posteriori, cuando ella se manifiesta hasta a los ciegos?

Los términos del problema están, por otra parte, mal planteados por los textos del PRT. No es sólo la IV Internacional que considera imposible una empresa común de construcción de la Internacional revolucionaria con los partidos comunistas mencionados por los camaradas argentinos: son esos propios partidos que no desean dar ningún paso en esa dirección y que consideran fantástico, cuando no provocador, toda eventual iniciativa por nuestra parte.

¿Es posible ignorar además que entre los partidos indicados en el texto del V Congreso del PRT existen desde hace años diferencias muy graves, que algunos de ellos están orientados hacia agrupaciones internacionales que se oponen en una lucha encarnizada? Es posible objetar que todos esos partidos, comprendidos el cubano y el vietnamita —a los cuales volveremos a referirnos— no han roto con los centros internacionales de la burocracia, lo que no carece de implicaciones negativas muy concretas?

Finalmente, todos rechazan la idea de una Internacional revolucionaria como partido mundial, tal como fuera concebida por Marx, Lenin y Trotsky y, en la medida en que se expresan claramente sobre esta materia, quedan anclados a las concepciones formuladas por Stalin en la época de la disolución de la Internacional comunista y retomadas por sus sucesores. Es verdad que los dirigentes cubanos se han diferenciado positivamente en este terreno, también con la tentativa de construcción de ese movimiento internacional que fue la OLAS. Pero justamente porque esta tentativa no tenía una base teórica y política sólida, porque ella fue concebida en una óptica únicamente latinoamericana y por lo tanto de fondo sectorial, porque ella no implicaba una definición inequívoca con relación a la burocracia soviética y china, fracasó rápida y lamentablemente, no estando a la medida —es necesario agregar— de expresar una estrategia adecuada tampoco para América Latina. El precio de este fracaso lo pagaron muy duramente todos los revolucionarios del continente.

A PROPOSITO DE LA PROLETARIZACION

Al definir lo que llama diferencias “metodológicas”, el B. I. del PRT dice: “Nuestro partido considera que la Internacional y sus secciones tienen esencialmente una composición pequeño-burguesa y estima que la proletarización es uno de los elementos fundamentales para la construcción de la Internacional. El resto de la Internacional o por lo menos el SU y la dirección de las secciones europeas no se plantean este problema, sino que tienden a combatirlo como “obrerismo”, “moralismo”, etcétera.”

El Topo Blindado

Es un hecho que la composición de la IV Internacional (incluido el PRT) no tienen todavía predominio proletario y que el crecimiento de nuestras secciones se produjo más bien en las capas estudiantiles o de la pequeña burguesía radicalizada que en la clase obrera.

Es absolutamente falso que la dirección de la Internacional y las secciones europeas ignoran el problema. La historia del movimiento revolucionario nos enseña que en ciertas etapas de su lucha las vanguardias encuentran un eco más profundo entre las capas pequeño-burguesas, en los sectores intelectuales y estudiantiles que en la clase obrera. Esto se produjo con frecuencia en el pasado y eso se produce hoy, no sólo en el caso de la IV Internacional, sino también en el caso de otras corrientes de la izquierda revolucionaria (incluido, para limitarnos a América Latina, los Tupamaros y el MIR chileno). Eso produce problemas serios, de los que somos perfectamente conscientes.

En efecto, nuestra orientación basada sobre el centralismo de la intervención y de la inserción en la clase obrera, que es la orientación adoptada por nuestras secciones europeas y que se refleja en el texto sobre Europa para el próximo Congreso Mundial, está determinado tanto por las conclusiones políticas sacadas del análisis sobre la situación de la Europa capitalista, como por la necesidad de estimular un cambio en la composición social de nuestras organizaciones. Los resultados obtenidos hasta ahora son indudablemente modestos. De todas maneras, nuestras secciones en Europa cuentan actualmente con un número de militantes obreros mucho más importante que en el pasado, y gracias a esos militantes, a los simpatizantes y a otros contactos, están en condiciones de ejercer una real influencia en las capas de las nuevas generaciones obreras que juegan un rol cada vez mayor a partir de 1968. Estos son elementos de apreciación concretos que no deberían ser cuestionados por consideraciones "sociológicas" de inspiración populista sobre la forma de vivir de los compañeros europeos o sobre los barrios donde se han instalado (1).

Pero hay una consideración adicional. La composición social proletaria y los lazos con las masas no dan como tales, ninguna garantía. Hubo y hay organizaciones reformistas que disponen de una composición social obrera, tienen lazos sólidos con las masas y son dirigidos por militantes salidos del proletariado. Ello no impide que sean justamente reformistas, por lo tanto integradas en el sistema capitalista y dominados por una ideología proveniente de las clases enemigas. La garantía decisiva no puede ser más que política: todo depende de la orientación que adoptarán las organizaciones, de la maduración global de sus cuadros y de sus militantes. Todo incluso su crecimiento en la clase obrera.

UNA CARICATURA DEL METODO MARXISTA

En un esfuerzo por comprender lo que llaman "el trasfondo ideológico" de los conceptos de la

Liga Comunista y de un sector importante de la Internacional, los autores del B.I. 34 dicen:

(Citar del B.I.: "El déficit fundamental de la LCF" [p. 16].)

(Hasta "y que desconocen" [p. 17].)

La cita es larga, pero sintetiza muy claramente la concepción de los autores de estas líneas.

Ya hemos hablado de la cuestión de la proletarización. Podríamos agregar aquí que los militantes de un partido revolucionario que cuente con lazos muy sólidos con las masas y que sea capaz de intervenir efectivamente en todos los niveles de la lucha de clases estaría indudablemente en condiciones de comprender mucho mejor la realidad en todos sus aspectos. Ahora bien, tal partido no existe, en la etapa actual, ni en Francia ni en Argentina. No tenemos pues, otra alternativa que basarnos, por un lado, en los análisis generales desarrollados mediante la aplicación rigurosa del método marxista, y por el otro lado, en las indicaciones empíricas que obtenemos de la práctica todavía limitada de nuestras organizaciones. La cuestión que efectivamente se plantea es, en primer lugar, saber si nuestros análisis generales son correctos (en ese terreno los compañeros del PRT prefieren no comprometerse y por razones obvias) en segundo lugar, saber si obramos en el sentido de superar nuestros límites actuales, ante todo desde el punto de vista de nuestra composición social. Pero esa discusión para ser de utilidad debe ser concreta. En caso contrario, o se repiten generalidades huecas, o se oscila entre un populismo moralizador o insinuaciones gratuitas que desconocen la situación real.

No objetamos que apreciaciones impresionistas —cuyo origen con la mayor frecuencia debe ser buscado mucho más en la carencia de información y de estudio que en las inclinaciones intelectuales o en el origen pequeño-burgués de sus autores— aparezcan algunas veces en los órganos de nuestro movimiento. Pero hay un punto esencial que parece escapar completamente a los autores del B.I. A fin de cuentas, el nuevo impulso de nuestras secciones europeas ha sido poderosamente estimulado al comienzo por las movilizaciones anti-imperialistas (América Latina, Vietnam) de la década del 60. En función de estas movilizaciones nuestros militantes han sentido la necesidad de informarse sobre los acontecimientos de otros continentes, de conocer su historia, de analizar la dinámica de sus revoluciones.

Los imperativos de nuestra lucha por la hegemonía dentro de las nuevas vanguardias y en las capas obreras más politizadas habían tomado el mismo rumbo. Había que definirse —y todavía es necesario— en cada etapa, no solamente en relación con los acontecimientos particulares de la lucha de clase en la que estamos directamente comprometidos, sino también en relación con la realidad mundial, con las fuerzas decisivas que operan en el plano internacional. Esto implica, entre otras cosas, un análisis de las orientaciones y de la prác-

El Topo Blindado

tica de todas las corrientes del movimiento obrero y del movimiento revolucionario. Esto implica un conocimiento exacto y una crítica constante de la línea de las burocracias socialdemócrata o stalinista, y de los Estados Obreros degenerados, de la URSS y de China en primer lugar. En el fondo, es imposible ganar cuadros, formarlos, impulsar la construcción de los partidos revolucionarios sin diseñar en cada etapa una perspectiva mundial, sin comprender o indicar cada día en qué forma está ligada indisolublemente a la totalidad del proceso mundial la lucha que se desarrolla en cada país o en cada sector.

Es lamentable que los dirigentes del PRT no comprendan que son éstas necesidades políticas, muy prácticas, las que inspiran el interés de nuestros militantes en Francia y en Europa por los demás y que esto no tiene nada que ver con una curiosidad intelectual malsana. Pero esa actitud nos explica —o nos explica en parte— por qué las publicaciones del PRT son tan pobres, tan primarias, en materia de análisis de la situación mundial, incluidas la de otros países de América Latina. Cuando se toman posiciones, pecan de una superficialidad extrema (ver por ejemplo, el increíble juicio emitido con motivo del encuentro Nixon-Mao), o son extraídas de otras fuentes sobre todo cubanas, e caen en la propaganda más vulgar.

Los autores del B.I. intentan, al pasar, una autocrítica a propósito de la caracterización que ellos hicieran del PC chino. Pero deberían sacar una lección de todo este asunto. En el folleto "El Único Camino" —que, en este terreno, se emparenta con la tradición del morenismo— los compañeros del PRT ponían al trotskismo, al maoísmo y al castrismo casi dentro de la misma bolsa. El sentido de su posición era considerar trotskismo y maoísmo como complementarios; el V Congreso confirmó dos años después la misma orientación. Ahora bien, ese error fue cometido por falta de un análisis serio, por una adaptación al clima "maoizante" de la época, por pragmatismo. Si toda la Internacional hubiera adoptado la misma concepción, ello nos hubiera literalmente desarmado justo en momentos en que era imperioso demistificar la supuesta revolución cultural, demostrar que Mao de ninguna manera llevaba una lucha para quebrar a la burocracia, sino que el mismo representaba una corriente burocrática que, con diferencias en relación a Moscú, subordinaba las exigencias de las masas movilizadas a las exigencias de la supervivencia del poder burocrático, y las necesidades de la lucha revolucionaria mundial a las necesidades diplomáticas de su Estado burocratizado.

Los compañeros del PRT nos recuerdan la primera verdad que el marxista no se limita a interpretar la realidad, sino que debe transformarla, y que la verificación por la práctica es, en último análisis, el criterio decisivo. Desgraciadamente, sus formulaciones —principalmente la afirmación de que "no tiene sentido analizar una realidad social en la que no se interviene", rozan la caricatura de la concepción materialista marxista.

Lo que ignoran es la autonomía —relativa por cierto— del conocimiento, y por lo tanto del análisis: Lo que ellos olvidan es que el "camino dialéctico del conocimiento de lo verdadero, del conocimiento de la realidad "pasí" de la intuición viviente al pensamiento abstracto y de ella a la práctica" (Lenín). Lo que ellos confunden es la necesidad de la verificación práctica como criterio decisivo en último análisis y una pretendida necesidad de un contacto material empírico con la realidad como condición sine qua non de todo análisis valedero.

Las obras de Marx y de Lenín son generalizaciones al nivel más elevado, precedidas por la elaboración de una masa gigantesca de datos empíricos y desarrollados por un método científico. Pero sería ridículo pretender que Marx pudo escribir "El Capital" o Lenín "Desarrollo del capitalismo en Rusia", gracias a una intervención directa en la realidad social. Por otra parte, Lenín ha explicado bien que el marxismo era el desenlace de la filosofía clásica alemana, de la economía política inglesa y del socialismo francés, es decir, de generalizaciones elaboradas con toda evidencia fuera de toda práctica de la clase obrera. Por cierto, Marx y Lenín no han podido formular sus teorías sino en la medida en que se colocaron en el punto de vista del interés histórico del proletariado y la validez de estas teorías fue verificada a la luz de la realidad de la lucha de clases. Pero esto no tiene nada que ver con la idea que sólo se puede hacer un análisis en la medida en que se intervenga directamente en una realidad social. Paralelamente, una cosa es el sentido de responsabilidad que debe inspirar a un revolucionario en sus juicios y en su crítica a las organizaciones y los dirigentes que han contribuido efectivamente a la lucha histórica por el derrocamiento del capitalismo. Otra cosa es pretender, como lo hacen a veces los compañeros del PRT en sus discusiones, que sólo aquellos que han participado en un proceso revolucionario o están enrolados en la lucha armada, tienen la autoridad necesaria para expresarse.

Por otra parte, reflexionemos un instante sobre la fórmula utilizada en el B.I.: "no tiene sentido analizar una realidad social donde no se puede intervenir". ¿Qué significa eso concretamente? En última instancia, un obrero, aún un obrero revolucionario, no debería analizar más que la realidad de su fábrica o cuanto más de su ciudad y de su región. Nadie debería emprender el menor análisis sobre otros países, sobre otros sectores del mundo. En la práctica, los que escriben esas líneas, violan su propia norma en la medida en que, bajo el impulso de necesidades políticas imposterables indican análisis y juicios sobre cosas que escapan a su actividad práctica, a su experiencia directa. El problema es por lo tanto, si los análisis que todos están obligados a hacer, más o menos sistemáticamente, más allá de su práctica, se basan o no sobre datos reales, sobre informaciones suficientes, sobre métodos rigurosos. El problema es si de los análisis extraemos o no conclusiones prácticas adecuadas. He ahí el fondo del problema que no se puede escamotear con gene-

El Topo Blindado

ralidades huecas sobre la relación entre conocimiento y actividad práctica, o por fórmulas simplistas que no tienen ninguna relación con una concepción materialista. Una vez más: compañeros, concreten sus críticas y sus apreciaciones, entren en el nudo del asunto!

En cuanto a nosotros, estamos absolutamente convencidos de que la IV Internacional — aún tal como está ahora — es capaz de desarrollar análisis y generalizaciones de lo más valiosas en la medida que, por una parte ella se nutre de las tradiciones vivas del movimiento revolucionario mundial, y por la otra, representa un centro de elaboración colectiva donde convergen las experiencias más diversas y los conocimientos empíricos más ricos. Repitámoslo: la Internacional es fundamentalmente el instrumento irremplazable de este conocimiento global indispensable para llevar a buen término esta lucha. Negar o minimizar el rol de la Internacional, atrincherarse tras concepciones en principio o de hecho federalistas, significa condenarse al empirismo, exponerse al riesgo de sucumbir a poderosas presiones sectoriales, que puedan obstaculizar una comprensión real de lo general (y, por lo tanto, también de lo particular, que no puede ser comprendido en toda su significación, sin colocarlo en el marco de un análisis global). Eso puede significar, en la práctica, renunciar a una elaboración revolucionaria autónoma y contentarse con las miguitas que caen del banquete de los otros, en otros términos sufrir la influencia, incluso la hegemonía ideológica de las burocracias poderosas, dotadas de una concepción de conjunto, que determina en función de sus propios intereses conservadores y no de los intereses revolucionarios del proletariado.

Estas carencias metodológicas substanciales están en la raíz, desde un punto de vista teórico, de la posición ecléctica de los dirigentes del PRT y de su rechazo a librar la consiguiente batalla que se impone contra las direcciones burocráticas de los Estados obreros. Su actitud defectuosa ante la burocracia china y su apoyo a la burocracia soviética en ocasión de la invasión en Checoslovaquia — reflejo de la influencia que reciben de los dirigentes cubanos — ha sido hasta ahora la manifestación más evidente de dicha actitud. De hecho hay una combinación de indigencia analítica, eclecticismo en los principios y oportunismo práctico. De allí las fallas en la concepción internacionalista; las necesidades de la lucha de las masas de un sector de la revolución mundial se subordinan o se sacrifican a imperativos tácticos particulares.

¿LUCHA DE CLASES EN EL PARTIDO?

Hay otra diferencia que es necesario señalar. Se refiere al método por el cual los dirigentes del PRT caracterizan las posiciones equivocadas o críticas que surgen en el partido como producto de la presión de las clases hostiles. Llegan a utilizar la noción de lucha de clases en el partido. No dudamos en principio que hasta los militantes revolucionarios pueden sufrir la influencia de un me-

dio social pequeño-burgués y que esto, en un contexto dado, pueda llevarlos a convertirse en vehículos de conceptos o actitudes nefastas para la organización. Pero la conciencia de dicho peligro no tiene nada que ver con la práctica de poner automáticamente en la picota a todo militante que critica la línea del partido o que cometa efectivamente errores, como agente "objetivo" de la pequeña burguesía y aún de la burguesía.

Este método fue introducido por el stalinismo en el movimiento obrero: se denunció sistemáticamente a todos los opositores reales o potenciales de Stalin como agentes del imperialismo, como partidarios de la restauración del capitalismo en la URSS. El maoísmo siguió este ejemplo hasta nuestros días: los conflictos dentro del partido y de su dirección durante la "revolución cultural" fueron explicados como expresión de una lucha de clase entre los defensores del socialismo y los partidarios del capitalismo (es verdad que un poco más tarde el defensor del socialismo Nº 2, el bien amado compañero Lin Piao, súbitamente cambió de naturaleza, pasando de la primera a la segunda categoría...).

La caracterización sociológica, lejos de ser la conclusión de un análisis objetivo — obtenida después de una confrontación exhaustiva y de una verificación práctica — no era más que un instrumento de intimidación ideológica, un medio de ahogar el debate, una tentativa de justificar las medidas burocráticas y administrativas incluso la eliminación física.

Desde el punto de vista teórico, el método utilizado por los dirigentes del PRT, en la mejor de las hipótesis, peca de un mecanismo estrecho (en la medida en que se quiere ver automáticamente, sin ninguna mediación, una presión de clases detrás de toda posición errónea o considerada así por la dirección). Pero sobre todo este método ignora que las diferencias y las divergencias en un partido revolucionario tienen su base objetiva en las diferencias que existen en la clase obrera misma. La clase obrera de ninguna manera es un todo homogéneo, se compone de capas múltiples que se diferencian por su situación objetiva en el tejido socio-económico y por su experiencia de lucha. Luego surgen diferencias de la dificultad real de desarrollar en cada etapa un análisis de conjunto correcto y de sacar todas las conclusiones tácticas y estratégicas que se imponen. Es absolutamente inevitable que — sobre todo en situaciones muy dinámicas donde datos y problemas planteados y la necesidad de la acción puedan cambiar con una rapidez extrema — se enfrenten posiciones diferentes dentro del propio partido sobre la caracterización de una determinada etapa, sobre las elecciones prioritarias, sobre los métodos a adoptar, etc. El único modo de explotar positivamente la dialéctica interna que surge, de evitar el fraccionamiento de la organización, de reducir los falsos gastos de asegurar lo que en último análisis es lo esencial, la intervención más eficaz en la práctica, es la confrontación más democrática, sin limitación del derecho de crítica,

El Topo Blindado

del derecho de organizar tendencias, sin que la dirección goce de una condición privilegiada para imponer sus propios puntos de vista. La práctica de lanzar constantemente caracterizaciones sociológicas negativas contra todos aquellos que critican la línea mayoritaria no puede más que impedir dicha confrontación y por lo tanto ello daña el desarrollo y la maduración del partido.

EL PARTIDO COMUNISTA VIETNAMITA

La apreciación de la naturaleza del partido comunista vietnamita es objeto de discusión en la Internacional y tendremos ocasión de volver sobre esto durante el debate que prepara el Congreso Mundial. Pero desde ya destacamos que no aceptamos la posición de los compañeros del PRT que ponen al partido vietnamita al mismo nivel del partido bolchevique en la época de Lenin.

Va de por sí que los marxistas revolucionarios no pueden ignorar o minimizar, por poco que sea, el aporte histórico que los comunistas vietnamitas han dado a la lucha contra el capitalismo mundial en la construcción de un Estado obrero en la mitad de su país, y al infligir una dura derrota al imperialismo norteamericano en la guerra que libró durante largos años para aplastar la revolución indochina. Nosotros tampoco minimizamos —por otra parte ya lo hemos señalado al hablar del crecimiento de nuestras secciones en Europa— la importancia decisiva que tuvo la lucha heroica de los vietnamitas al originar nuevas vanguardias en el mundo entero. Por todas estas razones no compartimos la posición de los que caracterizan el partido vietnamita como stalinista. Se trata, cuanto mas, de una caracterización muy parcial que no considera más que un aspecto de una realidad compleja. Nosotros sabemos que el rechazo de esta caracterización puede plantear problemas de análisis histórico y de síntesis teórica que merecen ser discutidos ampliamente. Pero si aceptamos incluir en la categoría de stalinista a un partido que destruyó al capitalismo en su país y que durante mucho tiempo se mantuvo a la vanguardia de la lucha contra el imperialismo en escala mundial se plantean problemas mucho más graves. El compañero Rousse, en su reciente ensayo, justamente escribió: "El POV pertenece a esa generación de partidos comunistas que, antes y después de la Segunda Guerra Mundial, han roto en la práctica con la política internacional de la burocracia soviética. De todos estos partidos el PCV es el que ha ido más lejos en el redescubrimiento de los principios del marxismo".

Concretamente, el PCV en relación a Moscú y a Pekín ha demostrado muchas veces su independencia sobre cuestiones importantes, lo que lo ha llevado, entre otras cosas, a buscar alianzas y colaboración con sectores del movimiento obrero revolucionario ferozmente combatidos por la burocracia soviética y china. De hecho rechazó la concepción krutcheviana y maoista de la coexistencia y, ante los acontecimientos que ocurrieron en el Sur durante los años posteriores al acuerdo de Ginebra, aunque con algunas vacilaciones ini-

ciales y una cierta demora, eligió integrarse en la lucha revolucionaria contra el régimen neocolonialista y tomar su dirección, siendo consciente de que ello lo llevaría inevitablemente a una confrontación mayor con el imperialismo norteamericano. Comprendió la dinámica de la revolución permanente de la revolución indochina y actuó en forma sistemática para arrancar las raíces del capitalismo también en las zonas liberadas del Sur.

En otras palabras el PCV no practicó una política de subordinación a la burguesía llamada nacional, como lo hicieron los PC italiano y francés en 1944-47, el PC chino en 1925-27 y el PC indonesio durante la década del 60, y los frentes que propició se formaron con comités efectivamente unidos a las masas, donde las clases dominantes no tenían ningún medio de hacer prevalecer sus intereses ni de ejercer una influencia importante. Por otra parte, la concepción de la guerra campesina jamás tuvo como consecuencia una negación de la hegemonía del proletariado ejercida por el partido.

Dicho esto, no debemos olvidar que las generalizaciones teóricas de los comunistas vietnamitas jamás estuvieron exentas de ambigüedad y que implicaron e implican concesiones a ideas de frentes populares de origen stalinista. Eso tuvo, sobre todo en ciertas etapas, consecuencias muy negativas en la práctica del partido (no sólo en los años 30, sino también, como el propio Giap lo señaló, hasta comienzos de la década del 60, por ejemplo en relación a la política agraria). Pero lo que es aún más importante, con eso también se corrió el riesgo de obstaculizar el esclarecimiento teórico y político necesario para el renacimiento del movimiento comunista mundial en la medida en que gracias al prestigio ganado en su lucha, todas las concepciones de los comunistas vietnamitas representan un punto de referencia extremadamente importante para los militantes comunistas y revolucionarios del mundo entero. De la ambigüedad de ciertas formulaciones —relativas principalmente a las relaciones con la burguesía nacional— se puede escapar como pudieron hacerlo los vietnamitas en los últimos 20 años, es decir con una lucha que rompió toda limitación teórica. Pero otros intentaron salir, como los comunistas indonesios, que practicaron la alianza con la burguesía llamada nacional, antiimperialista, etc. y encontraron una derrota trágica.

El problema de nuestra actitud frente al PCV implica una cuestión capital; ¿cómo se debe caracterizar a la República Democrática del Vietnam? Nosotros lo hemos dicho y lo repetimos: en Vietnam del Norte el capitalismo ha sido derrocado y se ha instaurado un Estado obrero. Es un logro histórico. Pero el estado obrero norvietnamita no está basado en verdaderos organismos de democracia real. Por cierto, el partido y el aparato político en general tienen lazos con las masas, y gracias al rol jugado durante los últimos 25 años, gozan en gran medida de su confianza, lo que les ha permitido por otra parte el esfuerzo de movilización necesario para librar la guerra contra el imperialismo y el régimen fantoche saigónés. Pero

El Topo Blindado

no existen, organizaciones como las de la Rusia revolucionaria, es decir instrumentos para que las masas ejerzan efectivamente el poder y decidan sobre todos los problemas políticos. Esto es un elemento esencial.

Agreguemos que en Vietnam tampoco hay separación entre el Estado y el partido y la experiencia de medio siglo en las sociedades de transición demuestra que esa identificación es al mismo tiempo, una manifestación y una causa suplementaria de burocratización. Esto tanto más cuando el partido no funciona según los criterios leninistas de centralismo democrático, sino que se inspira siempre en métodos introducidos por Stalin en los movimientos comunistas, que excluyen una libre confrontación de posiciones diferentes u opuestas, y niegan todo derecho a organizar tendencias.

La conclusión que obtenemos es que también el Estado obrero vietnamita está caracterizado por una deformación burocrática, aunque no existe una casta burocrática cristalizada y que goce de privilegios comparables a los de la casta que reina en la Unión Soviética, en Europa oriental y en China.

PELIGROS PARA LA REVOLUCION CUBANA

El informe contenido en el B.I. 33, indica en forma muy clara que los dirigentes del PRT adoptan ante Cuba una actitud puramente propagandista y apologética. Ya hemos tocado este tema en nuestra carta. Volveremos ahora rápidamente a tres puntos esenciales:

- 1) Los organismos de democracia proletaria verdaderos, que aseguren a las masas el ejercicio efectivo del poder, su participación directa en las decisiones sobre todos los problemas políticos, tampoco existen en Cuba. Los CDR tienen funciones importantes y pueden, en ciertas circunstancias, ser instrumentos de organización y de movilización de las masas, pero estas funciones están limitadas. Los mismos cubanos describen así su tarea: "Primero la vigilancia como prioridad número uno. En segundo lugar la información. En tercer lugar orientación a la población. En cuarto lugar auxiliar al Partido y a los organismos del Estado en la realización de estas tareas: Educación, Salud Pública, Poder legal, Ahorro, Agricultura, Defensa Civil, Organización, entrega de carne, Solidaridad, Deporte, Cultura..." (texto de la Dirección Nacional de los CDR).

Está claro, entonces, que no se trata de organismos eminentemente políticos, comparables a los soviets de la revolución rusa. Necesitaremos recordar una vez más — como lo hemos hecho muchas veces en polémicas con burócratas y centristas de toda clase — que esos organismos estaban considerados por Lenin y la III Internacional no sólo como específicamente nacionales, como elemento accesorio, sino como elementos característicos, indispen-

sables para la victoria de toda revolución y para el impulso de toda construcción del socialismo.

- 2) El partido cubano no está organizado sobre la base del centralismo democrático. Una vez más, no se trata de negar sus lazos con las masas ni de discutir el valor de las formas originales de reclutamiento. Pero es un hecho que no hay una elaboración democrática real de las decisiones, no hay una confrontación abierta de puntos de vista y de orientaciones diferentes y sin embargo inevitables. ¿Acaso los compañeros del PRT olvidan el "detalle" que 14 años después del triunfo de la revolución el partido todavía no ha realizado su primer congreso? Ellos mismos, al explicar su concepción de centralismo democrático, escriben "el centralismo democrático se basa sobre el principio de la elaboración de la línea estratégica y práctica general, para determinadas etapas, hecha por todos los militantes en un congreso, y sobre el derecho de organizar tendencias" (2). Es exactamente eso lo que no sucede en el partido comunista cubano.

- 3) La afirmación del informe del B.I. 33, según la cual "el aribismo y el burocratismo han sido prácticamente desterrados" no corresponde desgraciadamente a la verdad. Hay tendencias burocráticas también en Cuba y hay capas, principalmente en los cuadros medios, que construyen un criadero de burocratismo, un peligro grave para el futuro del Estado obrero. Los métodos de dirección y de gestión del poder no son de naturaleza tal que puedan extirpar esas tendencias, las que por otra parte son favorecidas por las condiciones de aislamiento prolongado de Cuba en un continente americano que sigue siendo capitalista y, por lo tanto, tiene un desarrollo económico atormentado y contradictorio.

Hoy en día el peligro es tanto más grande cuando la dirección cubana ha establecido relaciones estrechas con la burocracia soviética y, lo que es peor, ha adoptado a este respecto una actitud de apoyo incondicional. Cuando se examinan las perspectivas del Estado obrero cubano no podemos olvidar que entre los factores que entran en juego, está justamente la creciente influencia de la poderosa burocracia de Moscú, que con toda evidencia está interesada en apoyar a las capas más conservadoras, en favorecer un proceso de burocratización.

Por eso es muy grave que los dirigentes cubanos borren cada vez más la distinción necesaria entre los legítimos acuerdos con la Unión Soviética en función antiimperialista y con el fin de supervisar las dificultades económicas, y una actitud desprovista de crítica hacia la casta burocrática en el poder, su orientación internacional y su ideología. Un corolario de esta actitud es que renuncian a toda diferenciación substancial también en relación con los partidos comunistas latinoamericanos que sin embargo, habían sido criticados muy du-

El Topo Blindado

ramente por Fidel y el Che en el pasado, contribuyendo con eso a la maduración política de amplias vanguardias en el continente. Si es verdad, como cree la IV Internacional, que la lucha contra las concepciones oportunistas neo-mencheviques de los partidos comunistas es una necesidad inevitable de la batalla para la construcción de los partidos revolucionarios también en América latina, la orientación actual de los comunistas cubanos en la materia está cargada de consecuencias nefastas y debe ser legítimamente criticada.

Lo que es más grave aún: los dirigentes cubanos tienen una creciente tendencia a subordinar las necesidades del movimiento revolucionario de otros países a las necesidades políticas de Cuba. Llegan a distorsiones analíticas flagrantes. El ejemplo del Perú, hasta ahora es el más significativo: se ensalza a este régimen como revolucionario y se presenta a su ejército —el mismo que aplastó a la guerrilla— como revolucionario. No es el único y probablemente la lista está por alargarse peligrosamente. Con respecto a Chile, el avalado, a pesar de las amonestaciones indirectas, al gobierno de Allende y a su política, ciertamente no ha facilitado la tarea de la izquierda revolucionaria, principalmente del MIR que sin embargo estuvo siempre cerca de la revolución cubana y de las concepciones de sus dirigentes.

Esa actitud coexiste con un apoyo a los movimientos revolucionarios de ciertos países que sufren dictaduras reaccionarias. Por esta razón —sobre la base además del análisis de la situación interna— nuestra posición de hacer una distinción cualitativa entre Cuba y los otros Estados obreros —en el sentido de que todavía no hay una casta burocrática cristalizada— permanece válido. Pero, repetimos, las tendencias oportunistas —desde el punto de vista político— accúan y ejercen una influencia cada vez más negativa. Los revolucionarios latinoamericanos deben ser conscientes de esta realidad, deben comprender que una actitud puramente propagandista ante la dirección cubana constituye un error muy serio que a la larga implicaría graves consecuencias prácticas. Todos sabemos —para nosotros es una verdad primordial— que la ayuda decisiva que se puede dar al Estado Obrero cubano, es desarrollar la lucha revolucionaria y derrocar al poder capitalista en otros países latinoamericanos. Ahora bien, en ciertos países por lo menos, esta lucha no puede ser librada eficazmente sin rechazar los análisis de los dirigentes cubanos, sin rechazar sus orientaciones. En último análisis, por lo tanto, toda actitud incondicional sería dañina para los intereses fundamentales de defensa de la revolución.

UNA VEZ MAS SOBRE LOS PROBLEMAS QUE SE PLANTEAN AL PRT

En nuestra carta al partido hemos planteado ciertos problemas que surgen. Tendremos ocasión de volver sobre ellos. Aquí, nos limitamos a subrayar lo que sigue:

a) El déficit fundamental para el PRT —principalmente determinado por la línea seguida después de las acciones positivas realizadas a fines de 70/primeros meses del 71— reside en que no ha logrado establecer la relación necesaria entre lucha armada y dinámica del movimiento de las masas. Más concretamente, no ha realizado una unión estable y consecuente entre la intervención de los destacamentos armados y las luchas de la clase obrera muy movilizada a escala nacional. Esto tuvo como consecuencia que las acciones armadas hayan estado fundamentalmente inspiradas por necesidades logísticas o por necesidades de protección o de liberación de los militantes presos por el enemigo; no ha habido un trabajo sindical sistemático; la campaña por los Comités de Base —en principio correcta— no ha dado ningún resultado importante. En conclusión, el PRT no ha sido capaz de capitalizar políticamente y organizativamente el prestigio ganado en largas campañas gracias a sus valientes acciones armadas.

b) Como ya lo hemos subrayado en nuestra carta, no se han aclarado en el partido temas vitales de una estrategia revolucionaria. Al mismo tiempo, un análisis sumario ignoró la diferencia entre tendencia a la guerra civil y primera etapa de enfrentamiento armado por una parte y por otra, la guerra revolucionaria propiamente dicha. La consecuencia fue que, en la práctica, el desarrollo del ERP se persiguió como un fin en sí mismo, como producto esencial de las iniciativas que él mismo tomaba por la acción de sus combatientes. Esta práctica no podía escapar al peligro de concebir la estrategia militar sin una relación ajustada a la evolución política. Ahora bien, partiendo de un análisis de la situación, principalmente del ascenso de las masas, la orientación hubiera debido basarse no sólo en la necesidad de una guerrilla urbana en general, sino más precisamente en la necesidad de formas de lucha armada cada vez más ligadas con el movimiento de las masas (en otras palabras, hubiera sido necesario, desarrollar los elementos potenciales de ciertas acciones emprendidas durante el Vóborazo). Por esta vía hubiera sido posible estimular la formación de equipos de autodefensa, embriones de milicias obreras.

c) Estas carencias impidieron al PRT jugar un rol primordial en la etapa actual de la lucha de clases que le han debilitado considerablemente —del punto de vista político— frente a las maniobras tácticas de la dictadura; Su incapacidad de definir con precisión y a tiempo su actitud hacia las elecciones es muy ilustrativa en la materia (3). Ahora bien, si las elecciones efectivamente tienen lugar, si la situación desemboca en un compromiso entre el peronismo y los militares y se produce entonces un interludio "democrático" —aunque

más no fuera muy limitado— el PRT se encontrará enfrentando dificultades todavía más graves que las que tiene hoy. Si hay un giro con la anulación de las elecciones —antes e inmediatamente después del 11 de marzo— si se vuelve a una situación en que el enfrentamiento armado nuevamente, será prioritario, el PRT pagará con creces el precio de su incapacidad de explotar la etapa actual para ganar cuadros obreros o ligados al movimiento obrero, ampliar su base, ligarse más profundamente al movimiento de masas.

Todos los problemas que hemos planteado y a los que nadie puede restar importancia, deben estar en el centro del debate en el PRT y entre el PRT y la Internacional. Este debate es una necesidad vital para el partido y podrá ser decisivo para su evolución futura, para la evolución de sus relaciones con el resto del movimiento trotskista mundial. Es necesario que se desarrolle sin obstáculos, en la mayor claridad, dando prioridad absoluta al fondo político sobre toda otra cuestión organizativa, por legítima que pueda parecer.

10 de febrero 1973.

Alain Krivine, Ernest Mandel, Livio Maitán,
Pierre Frank, Tariq Ali, Sandor.

* * *

Notas:

- (1) Esos "análisis" rozan inevitablemente el chisme irresponsable y la munnuración y dan como resultado —de liberado o no— oscurecer el debate político. Para información de los compañeros que lo ignoran, señálemos que, en todo caso, tanto los rentados de la Internacional como los de las secciones europeas tienen salarios muy por debajo del salario promedio obrero.
- (2) Precisamos que según la concepción leninista el derecho de tendencia no se limita al período de preparación del congreso, si bien sobre todo en ese período se produce la confrontación de los diferentes puntos de vista.
- (3) Hasta el B.I. 36, fechado 24-1, la dirección del PRT no había expresado su posición y se limitaba a esbozar dos alternativas: abstenerse o votar en blanco. Resulta curioso que al mencionar los dos partidos "de izquierda" que presentan candidatos —el FIP de Ramos y el PST de Coral— el B.I. 35 dice: "Su política sectaria no ha permitido una expresión genuinamente representativa". Nosotros ignoramos si hubo manifestaciones de sectarismo en la campaña de Ramos y de Coral. Pero es notable que el B.I. olvida que lo que se les debe reprochar es fundamentalmente su oportunismo: ellos han subordinado todo a la participación en las elecciones y no han librado una batalla de denuncias del carácter de las elecciones organizadas por la dictadura, asegurando con ello una cobertura de "izquierda" (hacemos aquí abstracción del hecho que en todo caso Ramos y Coral no pueden ser metidos en la misma bolsa).